

Bogotá,

Una memoria viva



Alcalde Mayor de Bogotá D.C.
SAMUEL MORENO ROJAS

YURI CHILLÁN REYES
Secretario General

FRANCISCO JAVIER OSUNA CURREA
Director Archivo de Bogotá

Concepto
ANNABELLA OTERO BERROCAL

Investigación y textos
BERNARDO VASCO BUSTOS
LUIS ENRIQUE RODRÍGUEZ BAQUERO

Diseño y Diagramación
JUAN SEBASTIÁN GUERRERO OTERO

Portada
SANTUARIO EL SEÑOR DE MONSERRATE
Foto archivo Alcaldía Mayor de Bogotá D.C.

Impresión
SUBDIRECCIÓN IMPRENTA DISTRITAL - D.D.D.I

ISBN: 978-958-717-054-2

Bogotá D.C.
Agosto de 2009



ALCALDÍA MAYOR
DE BOGOTÁ D.C.





Presentación

Más allá de esa historia bogotana que se escribe con mayúscula, hay otra historia de la ciudad escrita con letra pequeña, y que revela hechos trascendentales de la memoria colectiva, a veces dramáticos, a veces divertidos, muchos cotidianos. Pero son justamente esas historias, que hacen parte de la identidad de los habitantes con la ciudad, las que permiten descubrir aspectos relevantes y curiosos del pasado. ¿Quién amasó el primer pan en Santafé? ¿Quién trajo las primeras gallinas y cerdos? ¿Quién construyó la primera casa de teja cocida? ¿Cuándo se inauguró el barrio Primero de Mayo?

En el marco de su política de preservación y divulgación del patrimonio documental e histórico, el Archivo de Bogotá presenta este breviario de relatos menudos que forman parte de la memoria de la ciudad. El lector encontrará un valioso recuento que le servirá no solo de fuente de consulta sino de remembranza de numerosos hechos que van desde la Conquista hasta el siglo XX. Queremos que lo conozca, comparta y disfrute, porque la memoria nos pertenece a todos. Porque la memoria está viva.



La rumba criolla en Bogotá

En 1937 llegó a Bogotá la primera grabadora portátil de sonido, enviada desde Estados Unidos por la empresa de discos RCA Victor para grabar a la orquesta de Emilio Sierra, compositor quien por entonces causaba furor en todo el interior del país con sus canciones y ritmos, en los que mezcló el bambuco colombiano con la rumba cubana, dando origen a la rumba criolla. De los registros hechos hubo dos canciones que pasaron a engrosar el repertorio de clásicos populares colombianos: “Que vivan los novios” y “Mañana nos casaremos”, cuyo primer verso se tarareaba en todas las casas al unísono: “la suegra me dijo sí, y el suegro me dijo bueno, así que chinita mía, mañana nos casaremos. Ya tengo pa lo del cura y ahorrados catorce pesos, y tengo mi par de argollas y un rancho bueno, requetebueno”.



Construcción de las Galerías Arrubla

De las transformaciones de Bogotá en el siglo XIX, una de las más significativas fue la construcción en 1846 de las Galerías Arrubla, adelantada por Juan Manuel Arrubla. Ocupó todo el costado occidental de la Plaza de Bolívar y, junto con la estatua del Libertador Simón Bolívar, instalada ese mismo año, acompañaron la lenta construcción del Capitolio Nacional, iniciada bajo el Gobierno del Presidente Tomás Cipriano de Mosquera.

Dentro de las galerías Arrubla, con un frente de 103 metros, se ubicaron en sus dos primeras plantas diversos negocios y comercios tales como cafés y almacenes de artículos importados muy lujosos a los que concurría la elite capitalina. En el tercer nivel de estas se ubicaron las oficinas de la administración municipal. En el año de 1900, más precisamente el 20 de mayo, este edificio fue consumido por las llamas, perdiéndose de esta forma gran parte de la documentación histórica de la ciudad.



Muzú tuvo el primer aeropuerto

Aunque se suele creer que el primer aeropuerto de Bogotá fue el de Techo, ubicado frente a lo que hoy es el monumento de Banderas, en Ciudad Kennedy, lo cierto es que fue en el barrio Muzú donde se construyó la primera pista, en lo que entonces era una finca ganadera. Allí, en 1920, el piloto Helmuth Von Krhon, de la Sociedad Colombo Alemana de Transporte Aéreo, Scadta, planeó en una aeronave ante la mirada atónita de cientos de ciudadanos que se congregaron para verlo. Esta pista funcionó hasta 1924, cuando se adecuó otra en la finca El Vergel, hoy un barrio bogotano, y que funcionó hasta 1928. En este año, la Scadta compró a la comunidad de los Jesuitas la Hacienda de Techo, en donde construyó su propia pista de decolaje y aterrizaje de aeronaves. Finalmente, en 1959, el aeropuerto de Techo desapareció cuando fue construido el aeropuerto de El Dorado.



Los Millonarios del fútbol

El responsable del nombre de Los Millonarios fue el cronista deportivo Luis Camacho Montoya, quien en octubre de 1939 escribió un artículo en el diario El Tiempo titulado "Los Municipales son ahora Millonarios", haciendo un gracejo con el hecho de que el equipo municipal mantuviera una costosa nómina sin ayuda oficial. El nombre fue ratificado cuando Alfonso Senior lo fundó oficialmente, en 1945.



La primera fábrica de chocolate

En 1877 se inauguró en Bogotá la Fábrica de Chocolate Chaves, la primera del país y de la capital; la segunda fue la Fábrica de Chocolates La Equitativa, en 1889. Para 1923 ya funcionaban en la ciudad seis fábricas más, entre ellas la Compañía de Chocolates Cruz Roja, en 1945.



El peligroso ascenso a Monserrate

Hasta principios del siglo XX, el Santuario de Monserrate fue para los bogotanos el sitio predilecto de retiro individual, pero el ascenso al cerro era escabroso y muchos bogotanos fallecieron en el intento, al caer al abismo. Las cosas cambiaron a partir de 1929, cuando se inauguró el funicular, y de 1955, cuando se dio al servicio el teleférico.



El primer edificio con ascensor

El 1921, el empresario Manuel M. Peraza inauguró el edificio que lleva su nombre en el costado sur de la calle 13, al frente de la estación de la Sabana, con el propósito de convertirlo en hospedaje. Fue el primer hotel de siete pisos hecho en concreto en Bogotá y el primero que usó ascensor. Hoy está abandonado.



El himno de Bogotá

El acuerdo 71 de 1967 dispuso la convocatoria de un concurso público para adoptar el himno oficial de la capital. Se ofreció un premio de 50.000 pesos. Los ganadores fueron Pedro Medina y Roberto Pineda Duque, autores de la letra y música, respectivamente. A través del decreto distrital número 1000, el alcalde Aníbal Fernández de Soto oficializó en agosto de 1974 el himno de Bogotá, cuya primera estrofa comienza así: "entonemos un himno a tu cielo, a tu tierra y tu puro vivir".



Bogotá Siglo XXI

En el año 2000, al comenzar el nuevo siglo, se producían 5.611 toneladas de basura por día, cada ciudadano producía 0.77 kilogramos y la cobertura del servicio de recolección era del 90%. Existían aproximadamente 2.242.000 líneas telefónicas, 750.000 instalaciones de gas natural, se consumían 350 megavatios de energía eléctrica por hora y cerca de 300 millones de metros cúbicos de agua potable al año. La ciudad contaba con 3.149 parques de barrio y 11 metropolitanos; además, cerca de 1.000 establecimientos de educación básica primaria y 450 de básica secundaria y media vocacional.



El primer avión en Bogotá no voló

Con motivo de la Primera Feria Internacional de Bogotá, en 1910, muchos fueron los entusiastas que quisieron innovar presentando proyectos que atrajeran público; en tal sentido, los bogotanos Rosas y Castillo compraron un avión en Francia y lo trajeron no sólo para exhibirlo en el evento sino para convertirse en los primeros colombianos que surcaban los cielos. En el pabellón de la Feria, ubicado en donde hoy está el parque de la Independencia, exhibieron al Brelot, que debía ser tripulado por José Cicerón Castillo “Jotacé”, quien había estudiado pilotaje de aeronaves en Nueva York y era socio de Rosas en esta empresa. Se hicieron varias pruebas días antes del vuelo oficial, el 25 de mayo de 1911, y el avión funcionó. Sin embargo, en la prueba final, el motor se inutilizó y, aunque pusieron gran empeño para repararlo, este no encendió. Desalentados, los empresarios trasladaron el avión al club El Polo, en el norte de Bogotá, y allí lo dejaron hasta que se pudrió.



El Palacio Echeverry

En 1909 se concluyó la construcción del Palacio Echeverri, una novedosa construcción de cuatro casas adosadas, que se constituyó en paradigma de la nueva tendencia de vivienda de lujo en Bogotá y que hoy es una de los edificios más emblemáticos de la capital. Ahora es sede del Ministerio de Cultura.



El primer café de Bogotá

El primer café del que se tiene registro en Bogotá es la Gran Vía. Fue fundado el 11 de Octubre de 1893 y estaba ubicado en el costado oriental del antiguo Camellón de las Nieves, hoy calle 17. Funcionaba también como almacén y bar. Su nombre fue un homenaje al éxito alcanzado en Bogotá por la alegre zarzuela española de los compositores Chueca y Valverde.



Los significados de Usaquén

Usaquén como nombre ha sobrevivido al tiempo y a las transformaciones urbanas. En principio denominó al supuesto sacrificio de los Muisca para cimentar las columnas de sus templos con recién nacidos; luego para llamar al territorio del cacique de Usaquén y, por último, significó sitio de pantanos y "Tierra del Sol".



Cooperativa lechera

En 1908 se crea la primera Compañía Cooperativa de Leche, bajo la dirección del empresario Nemesio Camacho, quien donaría después los terrenos para construir el estadio de fútbol. La cooperativa promueve el consumo de leche sin agua, sin químicos ni aditivos para rendirla. La botella se vende a cuatro centavos.



La primera emisora de Bogotá

En 1931 se funda la primera emisora privada, "La Voz de Bogotá", de propiedad de Gustavo Uribe, Tor Schmidt, Roberto Jaramillo Ferro, César Estévez León y Rafael Moreno. En 1934 inicia emisiones "La Voz de la Víctor", segunda emisora particular de Bogotá. Tener un radio era por entonces signo de poder adquisitivo, de progreso cultural y de bienestar doméstico.



La Avenida de Las Américas

En 1948, en vísperas de la IX Conferencia Panamericana de Bogotá, antecedente importante en la creación de la Organización de Estados Americanos, OEA, se inauguran la Avenida de las Américas, cuyo diseño se inspiró en la avenida de los Campos Elíseos, de París, y el monumento de Banderas, justo al frente del antiguo aeropuerto de Techo, en lo que hoy es ciudad Kennedy.



El primer vuelo de un avión sobre Bogotá

La llegada del aviador estadounidense William Knox Martín a Bogotá estuvo precedida de enorme expectativa. Tras su éxito en Barranquilla, en donde sobrevoló la ciudad en su biplano Curtiss, el presidente Marco Fidel Suárez lo invitó a que mostrara su espectáculo aéreo en la jornada de conmemoración del centenario de la Batalla de Boyacá, el 7 de agosto de 1919. Knox sobrevoló el puente de Boyacá, hizo sus famosas acrobacias y arrojó desde su cabina coronas de laurel. Fue tal el asombro que muchos creyeron que el pionero de la aviación tenía pactos con el diablo porque era “imposible” que un ser humano se elevara por los cielos en tan pesada máquina. Días después, el 9 de agosto, según anotó en su diario, Knox sobrevoló la Plaza de Bolívar y realizó en Bogotá el espectáculo aéreo que lo hizo legendario en todo el mundo.



Primera revista de moda

En 1910 empieza a editarse la novedosa revista "El Gráfico", que presenta una deslumbrante innovación con la ilustración de crónicas y noticias con abundantes y bien reproducidas fotografías. Esta, además, es una de las primeras publicaciones que empieza a sembrar en el ánimo de las bogotanas la inquietud de estar al día con las últimas creaciones de la moda europea.



La era del teléfono

La instalación del servicio telefónico en la ciudad se fundamentó en el contrato suscrito por el municipio de Bogotá y el cubano José Raimundo Martínez, a quien se le encargó el establecimiento del servicio telefónico en un término de seis meses. La Escritura Pública No. 1030 otorgada en la Notaria Primera del Círculo de Bogotá, el 28 de agosto de 1884, protocolizó la creación de la Compañía Colombiana de Teléfonos. En 1885 la compañía contaba con dos conmutadores manuales de 200 líneas cada uno; en 1899 un conmutador adicional de 100 líneas apoyaba la prestación del servicio.



Las dos Bogotá

Bogotá (pueblo de indios), y Santafé (pueblo de españoles) coexistieron durante algún tiempo. Varios documentos del siglo XVI se refieren a la “encomienda de Bogotá”, y en el antiguo mapa que dibujó el cacique don Diego de Torres, hacia 1538, se aprecia que existió un gran pueblo Santafé, en la margen izquierda del río Bogotá (que corresponde a la actual Bogotá), y otro que corresponde a Bogotá, en las márgenes derechas del río, cuya ubicación puede ser el actual Funza o un lugar cercano entre Funza y Cota. El nombre de la actual capital de Colombia, Bogotá, que se puso a la antigua Santafé a raíz de la Independencia, no le pertenece propiamente, por cuanto fue la denominación de un pueblo indio, ahora extinguido, situado en lugar diferente.



Ciudad de iglesias y conventos

A los cronistas coloniales siempre les llamó la atención las numerosas iglesias y conventos que tenía Bogotá en sus primeros años. La Catedral y la Capilla del Sagrario, San Ignacio, San Francisco y Santo Domingo (demolida a finales de los años cuarenta del siglo XX y cuyo lugar ocupa hoy el edificio Murillo Toro), San Agustín y La Candelaria, Santa Clara, La Concepción y Santa Inés (demolida en 1950 para la ampliación de la carrera Décima), el Carmen y La Enseñanza. Esto, sin contar las ermitas de Belén, Egipto, Las Cruces, Las Aguas, Monserrate, Guadalupe, La Peña y San Victorino (que se cayó con el terremoto de 1827), las iglesias parroquiales de Santa Bárbara (hoy abandonada) y Las Nieves, La Recoleta de San Diego, La Veracruz, La Tercera, El humilladero (ubicada en la actual carrera 7ª con calle 16) y La Capuchina. Al lado de estas iglesias y conventos se fue formando paulatinamente la ciudad.



Las tertulias en Santafé

El cronista Casiano, en sus “Colaciones”, dice que en los tiempos coloniales, después de las comidas, los santafereños hacían tertulia en algún almacén de la Calle Real (hoy Carrera 7ª) o de la Plaza Mayor (ahora de Bolívar). Por la tarde se paseaban lentamente por el altozano de la Catedral y de vez en cuando iban con sus familias a distraer sus ocios al paseo de Agua Nueva o a las vecindades del río Tunjuelo. *“La primera comida se hacía a eso de las ocho; a las o once se tomaba alguna cosa; a las dos se servía la comida principal, a las cinco la merienda, y a eso de las diez, comenzaba la cena, que era abundante. La mazorca y la yuca, la arracacha, las papas, el maíz y el arroz, con algunas legumbres coloniales hacían el gasto principal; carnes las había de res, de cordero, de gallina y sobre todo de cerdo; por dulce se empleaba el melao de panela con cuajada de leche, y para suplir la falta de vino, se usaba la chicha, aún entre las familias principales, con raras y contadas excepciones”.*



Las antiguas calles bogotanas

Hacia 1852, de acuerdo con el plano levantado por Agustín Codazzi, era común que las calles y carreras bogotanas se identificaran con algún nombre de un prócer, alguna ciudad o país. Ocaña (carrera 6ª entre calles 11 y avenida Jiménez), Pamplona (Carrera 5ª), Túquerres (Carrera 5ª con calle 7), Socorro (Carrera 4ª entre la calle 11 y la Jiménez), Caquetá (Carrera 3ª entre calle 11 y 15), Bocas del Toro (Carrera 3ª entre calles 7 y 11), Iscuandé (Carrera 2ª entre calles 9 y 11), Veraguas (calle 8ª entre carreras 4 y 7), Bolivia (Calle 10ª entre carreras 2 y 7), Tundama (Calle 13 entre carreras 2 y 7), Casanare (Calle 14 entre carreras 3 y 7) y Chiquiriquí, (avenida Jiménez de Quesada entre carrera 3 y 7). De todas estas calles las más importantes fueron las conocidas en la Colonia con el nombre de la Moneda, la Enseñanza y la Catedral, es decir, la actual calle 11 desde su cruce con la carrera 4ª hasta su desembocadura en la plaza de Bolívar.



Mujeres revolucionarias

Las mujeres bogotanas tuvieron una gran importancia en el proceso de revolución iniciado en 1810. Francisca Prieto y Ricaurte, esposa de Camilo Torres, fue una entusiasta seguidora de la Independencia., y organizó y asistió a reuniones secretas en las que se discutían planes revolucionarios. Fue en las comidas y en las fiestas nocturnas organizadas por ella, donde se planeó el golpe de Estado del 20 de julio de 1810. Entre tanto, Andrea Ricaurte de Lozano, también en Bogotá, colaboró en la lucha por la emancipación haciendo de su hogar un centro principal para los conspiradores durante la reconquista española de la Nueva Granada. Sin embargo, las mujeres casi nunca conocieron los verdaderos planes revolucionarios de sus esposos.



Mujeres de armas tomar

Las mujeres bogotanas, tanto de la alta sociedad como de los estamentos pobres, jugaron parte activa en los acontecimientos del 20 de julio de 1810. Ese día, muchedumbres compuestas por hombres y mujeres expresaron su oposición a los “tiranos”, y exigieron la formación de una junta republicana. Entre las mujeres que estaban presentes figuraban las llamadas “revendedoras”, que odiaban amargamente a las autoridades españolas. Esa antipatía provenía en parte de las actividades de la arrogante y dominante virreina Francisca Villanova y Marco, mujer del virrey Antonio Amar y Borbón, quien —empeñada en enriquecerse a costillas del pueblo— mantuvo el monopolio sobre varios de los almacenes más importantes de la capital, especialmente de los restaurantes baratos.



¿El Florero de Llorente?

La historia dice que para festejar la visita del oidor don Antonio Villavicencio, un grupo de criollos -encabezados por los hermanos Morales- fue hasta la miscelánea del español Antonio Llorente a solicitarle prestado un florero para adornar la mesa del banquete. Pero el chapetón se negó a facilitar el florero y eso desencadenó una pelea que, a la postre, originó el grito de Independencia. Sin embargo, el florero que se exhibe en la casa museo del 20 de julio, en Bogotá, tiene una historia particular. La porcelana perteneció al pintor Epifanio Garay, quien un buen día de 1882 lo donó al Museo Nacional porque -según él- estaba en la tienda de Llorente. De ahí pasó en 1960 al museo. Lo cierto es que no hay pruebas fehacientes que digan que, evidentemente, era de Llorente y mucho menos que esa bella obra incendió la flama de nuestra independencia.



Los alemanes en Bogotá

Banqueros alemanes, como los Welser -la familia de banqueros de Augsburgo y una de las principales casas financieras de Europa en la primera mitad del siglo XVI-, financiaron las primeras expediciones a los territorios indianos. El emperador Carlos V de Alemania y I de España apoyó las expediciones alemanas hacia lo que hoy es Venezuela y Colombia. Ambrosio Alfinger, Jorge Spira y Nicolás o Nikolaus de Federman se aventuraron por estos territorios. Federmann, en cierto sentido, también es fundador de Bogotá, pues sus tropas llegaron casi al mismo tiempo en que lo hacían las del Adelantado Gonzalo Jiménez de Quesada. Tras un pleito jurídico, el monarca español resolvió que Quesada era el único fundador. Pero Federmann estuvo presente aquí, en la plaza Mayor, cuando se formalizó la fundación jurídica de la capital, en 1539.



La odisea de la flora de Mutis

El 28 de octubre de 1816, cuando todavía retumbaban los estertores del fusilamiento de Francisco José de Caldas en la antigua Plaza Mayor de Santafé, el pacificador Pablo Morillo se acercó al general Pascual Enriel, segundo al mando de las tropas españolas que intentaban poner fin a la sublevación de la Nueva Granada, y le dio una orden perentoria: enviar a Madrid, sin dilaciones y bajo la más absoluta custodia, 104 cajones “de vara en cuadrado” con todos los documentos de la Expedición Botánica incautados del archivo de Mutis, a Caldas, a Jorge Tadeo Lozano y a otros intelectuales criollos insurrectos. Pascual anotó entonces en su relación el contenido del despacho: “14 cajones con 5190 láminas y 771 diseños botánicos. 1 cajón con manuscritos, 48 cajones con anatomías de plantas, 15 cajones con minerales, 9 cajones con semillas. 8 cajones con muestras de maderas, 6 cajones con diversas curiosidades, 2 cajones con cuadros de animales y 1 cajón con muestras de canela”. Seis meses después, el 6 de abril de 1817, los materiales llegaron a Madrid, donde se encuentran desde entonces.



El origen del Capitolio

El lugar que hoy ocupa el Capitolio Nacional fue un lote abandonado durante casi sesenta años desde cuando un incendio ocurrido en 1786 redujo a cenizas el palacio virreinal que se encontraba allí, en la esquina sureste de la plaza Mayor, hoy de Bolívar. Enseguida de éste se ubicaban la casa de la Real Audiencia y la llamada cárcel de corte. Los sucesos de la Independencia impidieron que el gobierno español hubiera construido en este lote la mayor obra de arquitectura civil en Bogotá, dada la pericia de los arquitectos de la época. El solar se convirtió casi en un basurero, hasta que el general Tomás Cipriano de Mosquera concibió la idea de dotar al país de un edificio nacional que alojara con decoro al presidente, al cuerpo legislativo, a la Corte Suprema de Justicia y a los despachos ministeriales. Para el efecto contrató los servicios del arquitecto danés Tomás Reed, quien también estuvo detrás de las obras del antiguo Panóptico (hoy Museo Nacional). El 20 de julio de 1847 se colocó entonces la primera piedra del Capitolio Nacional.



El Palacio Arzobispal

Durante los años de la monarquía española, el lote que hoy ocupa el palacio Arzobispal fue comprado por el arzobispo Álvarez de Quiñónez. A finales del siglo XVIII el arzobispo Caballero y Góngora lo ornamentó y lo enriqueció con cuadros de los más famosos pintores de la época: Murillo, Tiziano, Reni, Miguel Ángel, Cano, Velásquez, El Españolito, etc. También con millares de libros, una rica biblioteca y un exquisito mobiliario traído de Europa. Sin embargo, todo ello fue destruido durante los incendios del 9 de abril de 1948, durante el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán. Un año después, después, la señora Margarita Herrera de Umaña y su hija Inés hicieron donación al arzobispo Ismael Perdomo de la casa de la esquina suroriental de la plaza de Bolívar, llamada en la época colonial Casa de la Aduana, y que fue la base para la edificación de la actual casa arzobispal, inaugurada el 18 de octubre de 1957.



Puente Aranda

Puente Aranda deriva su nombre del puente construido por el oidor Francisco de Anuncibay, quien llegó a la Nueva Granada hacia 1573, y que cruzaba sobre el río Chinúa en el terreno cenagoso de Juan Aranda. Posteriormente se inició la construcción de un camellón hacia el occidente que atravesó la Sabana para facilitar a los viajeros el paso por el inmenso humedal de Aranda y crear así un canal de comunicación con Honda, principal puerto sobre el río Magdalena. El antiguo puente de Aranda se utilizó hasta 1944, cuando se inició la construcción de la avenida de las Américas, proyecto promovido por la Sociedad Colombiana de Arquitectos. A pesar de que era monumento histórico nacional, el Puente de Aranda fue demolido en 1979 para construir los actuales puentes elevados que comunican la avenida de las Américas con la calle 13. Por muchos años, en este lugar, también estuvieron las estatuas de Isabel la Católica y Cristóbal Colón, que ahora se encuentran en la avenida al aeropuerto de Bogotá.



Casa de la Moneda

Una de las más bellas reliquias santafereñas del siglo XVIII es la Casa de la Moneda, ubicada en la actual calle 11, frente a la biblioteca Luis Ángel Arango. Fue construida durante el gobierno del Virrey Solís en 1753 y ostenta todavía la nobleza de “su estirpe castellana”, al decir del historiador Ernesto Cortés Ahumada. La inscripción esculpida en el friso de la portada dice: “reinando don Fernando VI el justo, se incorporó en su real dominio (...) esta Real Casa de Moneda, año de 1756”. En el arquitecabo se lee lo siguiente: “siendo virrey el excelentísimo señor don Joseph Solís Folch de Cardona y primer superintendente el señor Miguel de Santisteván”. El escudo de España que se encontraba a la entrada de la edificación fue destruido el 18 de octubre de 1810, según relata Luís María Caballero en su *Diario de la Independencia*: “se quitaron todas las armas de la Casa de la Moneda, del Rey, y se (pusieron) las de Cundinamarca”.



Campanarios ruidosos

Según el plano levantado en 1797 por el ingeniero Carlos Felipe Cabrer, Bogotá tenía veinte manzanas de sur a norte, y diez de oriente a occidente. Santafé era un almacigo de conventos y un revuelo de campanas que todavía en el siglo XIX mortificaba a la generación de los radicales, que estaban obligados a descubrirse en forma permanente cuando pasaban frente a las iglesias, y que atormentaba, también, a muchos vecinos inconformes con el “ruido” de tantos campanarios. Casi al unísono, todos los días, a las 6 de la mañana, al medio día y al crepúsculo, comenzaba el tañir de las campanas de los templos de la Catedral, la Enseñanza, el monasterio del Carmen, de la Candelaria, la capilla de las Cruces, Santa Bárbara, San Agustín, Santo Domingo, San Francisco, de la Tercera, de El Hospicio, de las Nieves, de San Diego, de la Capuchina de las Aguas, etc. Algunos santaferreños se quejaron ante los virreyes y curas, pero estos hicieron caso omiso y la letanía de campanas prosiguió hasta bien entrado el siglo XX.



Casas de huertos y jardines

El cronista Lucas Fernández de Piedrahita hizo en 1666 una descripción de lo que era entonces el barrio de La Candelaria. “Las calles son muy anchas –expresa- derechas y empedradas. (...) Los edificios altos y bajos son costosos y bien labrados a lo moderno, de piedra, ladrillo, cal y teja de suerte que no los exceden los de Castilla (...) Las casas casi todas tienen espaciosos patios, jardines y huertos... Hermoséanla cuatro plazas y cinco puentes de arco”. Completando lo dicho por Piedrahita, las casas eran por lo general de dos pisos, con un amplio jardín central circundado de galerías; para el personal de servicio incluían amplios alojamientos, así como la caballeriza con sus dependencias, donde se guardaban arreos y atavíos de montar, aperos, herramientas y leña. Al fondo, en el traspatio, se encontraba el socorrido huerto de verduras, flores, árboles ornamentales y las indispensables plantas aromáticas y medicinales, como el apio, la hierbabuena y la manzanilla.



La gastronomía bogotana en la Colonia

Las comidas europeas y “americanas” fueron habituales en Santafé. La mazorca y la yuca, la arracacha, las papas, el maíz y el arroz, con algunas legumbres tropicales, eran la entrada principal. También se consumían carnes de res, de cordero, de gallina y, sobre todo, de cerdo. Por dulce se empleaba el melao de panela con cuajada de leche, y para suplir la falta de vino se usaba la chicha, aún entre las familias principales, con raras y muy honrosas excepciones. Las hoy muy famosas lechonas tolimenses, fueron, en realidad, traídas por los españoles, que las heredaron a su vez de los romanos; lo mismo que la morcilla, la longaniza y toda la variada fórmula de embutidos que todavía se consumen en la ciudad. Después de la comida, los santaferenses hacían tertulia en algún almacén de la Calle Real (Carrera Séptima) o de la Plaza Mayor (de Bolívar). Por la tarde paseaban en el altozano de la Catedral.



Las primeras familias europeas en Bogotá

Tras la fundación de Bogotá se fueron asentando las primeras familias europeas. De acuerdo con el historiador Ernesto Cortés Ahumada, entre las primeras doscientas que se establecieron algunas venían de Córdoba, Salamanca, Cádiz, Sanlúcar de Barrameda, Burgos, Valdeconcha, Soriano, Lugo, Álava, Gran Puerto de Santa María, Sevilla y Elgueta, en España. Pero también llegaron de Francia, como los Duquesne, originarios de Condom, y los Convers, de Aín; de Italia, como los Abondano y los Cualla, originarios de Lombardía y Sosteno, en el ducado de Milán, respectivamente. De Inglaterra, como los Brush y hasta de Polonia, como los Martin. Incluso se asentaron familias que provenían de Lima, de Buenos Aires, de México, Chile y Quito.



La autopista Norte

La colonial Santa Fe del siglo XVIII tenía dos caminos para dirigirse al norte. El primero era llamado de varias maneras: Camino de Tunja (prolongación de la Primera calle del Comercio) desde San Diego, Arrecife, camino de arriba, como lo denominaban en Chapinero, o Camino viejo por su origen remoto. Hoy conocido como carrera 7. El camino de abajo o camino nuevo debía unir en línea recta el Puente del Común y el convento de San Diego. Su construcción se inició con el auspicio del Virrey Ezpeleta a finales del siglo XVIII y fue confiada al arquitecto español Domingo Esquiaqui. En 1807 quedó construida en algunos tramos; otros sin terminar debido a que charcos y fango eran una amenaza para el tránsito de recuas y jinetes. Hoy, siglo XXI, esa línea recta está constituida por la Carrera 13 y la Autopista norte.



Los andenes de Bogotá

Las ciudades y las calles bogotanas fueron construidas para peatones, para caminantes. Los medios de transporte fueron arrebatándosela. Un tropel de carretas, carruajes, tranvías, automóviles, camiones, buses y demás “expulsó” a los peatones de su reino natural. Algunos pagaron con su vida el intento de recuperar ese espacio. Las ciudades debieron cambiar su forma, su espacio y buscar un sitio para los peatones. ¿La solución? El andén. En Bogotá, las primeras normativas sobre este aspecto se empezaron a gestar desde 1915, pero fue ya en el siglo XXI, con el concepto de espacio público, que se formalizó un diseño para uso exclusivo de peatones y con normas específicas dispuestas para las necesidades humanas.



Montserrat y sus caminos

La fe de los bogotanos ha tenido un punto de referencia en las alturas: el Señor caído de Monserrate. Son epopéyicos los ascensos al cerro, narrados por varios cronistas de la ciudad. El sacrificio que implicaba la subida a pie por el camino tortuoso, sembraba en el alma del caminante la ilusión de que en las alturas se tendría en cuenta su penitente trasegar. El turismo y las visitas no relacionadas con la fe abrieron el campo para la inauguración del funicular en 1929 y del teleférico en 1955. Sucesivos arreglos al camino legaron a la ciudad una vía para la fe, el turismo, la contemplación del paisaje y el deporte. Pronto el Señor Caído volverá a las alturas y Monserrate abrirá uno de sus caminos.



El Hospital de San Juan de Dios

Fundado en 1565, desde sus inicios se dedicó a atender a la población menos favorecida y se convirtió en eje de la investigación científica en el país. Tuvo a cargo la formación de profesionales de la salud desde 1867, en el marco de la creación de la Universidad Nacional de Colombia y su Escuela de Medicina.

A lo largo del siglo XX, el hospital adquirió relevancia por su doble condición de hospital con una gran capacidad para atender todo tipo de emergencias, aún las de los niveles más complicados y por ser el epicentro de la investigación en varias ramas de la medicina. Cerrado a finales del siglo XX debido a su situación económica, yace abandonado en espera de una segunda oportunidad sobre la tierra con ocasión de la futura conformación de Ciudadela de la Salud.



Una ciudad maloliente y enfermiza

En su libro “A través de la Antigua Santafé”, monseñor José Alejandro Bermúdez asegura que en la Bogotá colonial “abundaban los asnos que recorrían las calles; los perros, que fueron verdadera plaga, y los gallinazos, llamados por acá chulos, que hicieron por mucho tiempo el aseo de la ciudad. Las chicherías eran numerosas y las había hasta en las calles más centrales, y esto, con alguna que otra gallera y la afición a los toros, hacía perezoso y negligente al pobre indio que recorría las calles mal vestido y peor comido”. A este panorama se suma el hecho de que las basuras eran arrojadas a los cauces de los ríos San Francisco y San Agustín, lo que originó el olor característico a podredumbre de la ciudad hasta casi entrado el siglo XX, cuando se ordenó la canalización de estos ríos para poner fin a las constantes epidemias causadas por el desaseo. Hoy, sus cauces terraplenados conforman la Avenida Jiménez y la calle Séptima.



Los primeros himnos nacionales

Bogotá fue el escenario en donde se dieron a conocer los primeros himnos del país. Durante la "época del terror", Juan Antonio Velasco compuso canciones patrióticas, que fueron cantadas por los independentistas. Francisco Villalba, un español que llegó como director de una compañía teatral, presentó el 20 de julio de 1837 un himno que tuvo gran aceptación. Por la misma época, Lorenzo María Lleras escribió la letra de la canción "El Neogranadino". Luego, el inglés Enrique Price compuso la "Canción Nacional", estrenada por la Sociedad Filarmónica de Bogotá en 1847. Por su parte, el violinista holandés Carlos Van Oeken compuso un himno, con letra de Lino de Pombo, que no tuvo mayor aceptación. Daniel Figueroa compuso otro, con letra de Manuel Jesús Flórez, y José Ponce de León dejó uno más, pero ninguno de ellos alcanzó resonancia nacional. Daniel Figueroa también compuso un himno, con letra de varios poemas, que se cantó en la Plaza de Bolívar en 1873, con dos bandas y un coro de dos mil niños. Finalmente, el italiano Oreste Sindici Topai compuso la música del actual Himno Nacional, con letra del Rafael Núñez.



Bailes y ritmos de la Independencia

Al igual que hoy, durante la época española los bogotanos o santaferenses eran aficionados al baile. Entre los ritmos más populares de entonces figuraban el vals, traído de Austria; la contradanza francesa, los minués, los pasodobles, el bambuco, el pasillo y la polka alemana. Los “hits” de entonces eran la contradanza “La Vencedora” y “La Libertadora”, de autores anónimos, y que se tocaron durante la batalla de Boyacá; el bambuco “El aguacero”, el pasodoble “Las cornetas” y las contradanzas “Del aire” y “Del Avestruz”, compuestas por Blas de Laserna. Aunque la mayoría de estos bailes perdieron apoyo popular, no ocurrió lo mismo con las canciones, muchas de las cuales aún se escuchan, como el bambuco de la región de Pasto conocido como “La guaneña”, compuesto hacia 1824 y que era muy del gusto de Simón Bolívar.



Hipódromos en Bogotá

El primer hipódromo que existió la ciudad, -llamado La Gran Sabana de Bogotá-, tuvo un comienzo experimental y corrió con poca suerte, por allá en los años veinte. Al no tener el triunfo esperado se hizo un segundo intento con el hipódromo La Merced, que no tuvo mucha acogida; luego se hizo un tercer intento con el llamado La Magdalena. En los años treinta, los empresarios Ricardo Cubides, José María Gómez Campuzano y Gustavo Uribe Ramírez pusieron al servicio de los bogotanos un nuevo hipódromo, más conocido como el Hipódromo de la 53. Los equinos más recordados y que dejaron huella por sus excelentes espectáculos fueron Macedo, Talero, Pibe y Rioduquera. A comienzos de 1952, el médico Jenaro Rico consideró la posibilidad de usar los terrenos aledaños al antiguo aeropuerto de Techo, en donde estaba ubicada la hacienda San Isidro, para que se construyera allí un nuevo hipódromo, que hasta mediados de los años ochenta se conoció como el Hipódromo de Techo.



La mala suerte del Palacio Virreinal

Este palacio, ubicado en el costado sur de la plaza de Bolívar, donde hoy está el Capitolio Nacional, se incendió en 1786 y con él se perdió el valioso archivo con toda la documentación referente a la conquista y establecimiento del Nuevo Reino de Granada. Se dice que entre los legajos consumidos por el fuego estaba el acta original de la fundación de Bogotá, escrita de puño y letra por Gonzalo Jiménez de Quezada, y las primeras leyes que se expidieron en la actual Colombia, de las que no existe copia alguna. El palacio era una casa de dos pisos, con un balcón que daba a la antigua plaza Mayor. Fue ocupado por los virreyes Caballero y Góngora, Joseph Solís Folch de Cardona, y Pedro Messía de la Zerda.



El claustro de San Bartolomé

En su testamento, fechado en Mariquita el 15 de febrero de 1579, en vísperas de su muerte, el fundador de Bogotá, Gonzalo Jiménez de Quezada, ordenó la creación de una capellanía en sufragio y homenaje “a las almas de los conquistadores del Nuevo Reino de Granada”. Para tal efecto se construyó un claustro en un lote ubicado entre las calles 10 y 9 y las carreras 6 y 7, que hoy ocupa el colegio Mayor de San Bartolomé, y en el que durante algún tiempo vivió San Pedro Claver, el apostol de los negros, cuya tumba se venera en Cartagena de Indias. En el colegio, posteriormente, estudiaron Antonio Ricaurte, el héroe de San Mateo; Francisco de Paula Santander, el hombre de las leyes, y Miguel Antonio Caro y Rufino José Cuervo, considerado uno de los grandes estudiosos de la lengua española.



Presencia afro en Bogotá

Es común la idea de que la presencia de afrodescendientes en Bogotá es reciente. Sin embargo, es necesario decir que esa presencia está presente desde el nacimiento de la ciudad misma. Llegaron con los conquistadores, y no solamente como esclavizados, sino como capataces, militares y otros oficios. Su aporte a la ciudad ha sido inmenso y va desde las labores de la casa, el trabajo agrícola, ganadero y minero, así como los aportes en la música, la literatura, la política y otras ciencias. Hay una leyenda que dice que el presidente Juan José Nieto era de origen afrodescendiente, pero los retratistas de la época se dieron a la tarea pictórica de "blanquearlo".



Los sistemas de transporte en Bogotá

Bogotá inauguró su primera línea de ferrocarril en el 1889. Partía de la plaza de San Victorino y llegaba hasta el municipio de Facatativá y luego llegaría a tener más de 100 kilómetros de longitud. En 1884 comenzó a operar el servicio de tranvía de mulas (de la Plaza de Bolívar a Chapinero), y en 1910 hizo lo propio el sistema de tranvía eléctrico que tuvo múltiples líneas dentro de la ciudad y funcionó hasta el año 1951. Buses municipales y trolleys antecieron la construcción del Sistema de Transporte Masivo del Tercer Milenio "TransMilenio" iniciada en 1998 y compuesta de buses articulados y alimentadores a los barrios. Hoy cuenta con 114 estaciones en 9 zonas, y cerca de 1.400.000 pasajeros diarios.



La sabana de Bogotá, un antiguo mar

La sabana de Bogotá es el lecho desecado de un antiguo mar interior que hoy se denomina “Humboldt”, el naturalista alemán que visitó a la ciudad hacia comienzos del siglo XIX y quien fue el primero en advertir esa condición geológica. Los restos de ese mar interior pueden verse todavía en los humedales que aún subsisten y las lagunas de Timiza y del Lago Gaitán (desecado en los años cincuenta para urbanizar el barrio El Lago). Según la leyenda Muisca, el dios Chibchacum castigó los pecados de los aborígenes inundando la sabana, pero luego Bochica –otro dios misterioso de ojos azules, venido de Occidente- la desecó con el poder que emanaba de una vara mágica que tenía, tras lo cual surgió el salto de Tequendama.



La imprenta y la opinión pública

La llegada de la imprenta al territorio colombiano, a finales del siglo XVIII, tuvo una consecuencia muy grande en la transformación de la sociedad de entonces. Si bien sus efectos no fueron inmediatos, a escasos veinte o treinta años de su llegada, empezó a producirse una emergencia de periódicos, volantes, pasquines, libelos y demás expresiones de los bandos políticos pero también de la ciudadanía. Testimonio de ellos son los cientos de periódicos que circularon durante el siglo XIX. Así, se fue formando la opinión pública válida del instrumento de la imprenta para dar a conocer sus pareceres, expresiones y opiniones.



El origen de la Atenas Suramericana

Se le atribuye esta frase al diplomático argentino Miguel Cané, quien en su libro “En Viaje”, de 1883, elogia a Bogotá al compararla con Atenas. En 1898, el visitante francés Pierre d’Espagnat la catalogó como la “Atenas del sur”. Sin embargo, hay referencias más antiguas: el poeta santafereño Francisco Antonio Vélez Ladrón de Guevara dice en una de sus décimas: “Traer a Santafé oradores, Atenas de tantos sabios”. En 1831, el sacerdote José Scarpetta decía de Bogotá en su obra *La Boliviada*: “igualarte pretenden con Atenas”. Aún así, el mérito de la frase parece haber sido del filólogo español Marcelino Menéndez Pelayo.



La fundación de Bogotá

Después de fundar a Bogotá el 6 de agosto de 1538, -aparentemente en el lugar que hoy ocupa el municipio de Funza, Cundinamarca, lo cual sigue siendo objeto de debate entre los historiadores- la ciudad fue destruida por un incendio cuya autoría intelectual se le adjudicó al cacique Sagipa. Esa fue la razón para que Jiménez de Quesada hubiera ordenado a varios capitanes la construcción de una ciudad de españoles, siendo elegido el territorio de Teusacá, en las estribaciones de los cerros de Monserrate y Guadalupe, en lo que hoy es el Chorro de Quevedo, en la calle 13 con carrera 2ª, en el barrio de La Candelaria.



Los primeros españoles

Los primeros españoles que se casaron en Santafé fueron Isabel Romero, viuda de Juan Lorenzo, y el capitán Juan de Céspedes. Alonso de Olalla fue el primero en construir una casa de tapia, en lo que hoy es el costado sur oriental de la plaza de Bolívar; Fernando Álvarez de Acevedo trajo los primeros cerdos. Por la misma época, Pedro Colmenares construyó el primer tejado en su casa de la calle de la Carrera, hoy carrera Séptima. Jerónimo Aguaque fue el primero que cosechó trigo en la sabana, y “pudieron entonces los conquistadores trocar los alimentos indígenas por las apetitosas tortas de pan que hacía Heloisa Gutiérrez, mujer de Juan Montalvo, preparadas con harina del molino de Pedro Briceño”, según cuenta Ignacio Gutiérrez Ponce en “Crónicas de mi hogar”.

“Y así fue como la ciudad recién nacida, que durante una década por lo menos no sería otra cosa que una humilde aldea, fue poco á poco tomando incremento y dando lugar á la numerosa emigración que en aquellos años salió de España. Este acontecimiento es particularmente notable, porque él dio origen á que Santafé recibiese su mejor ornato, cual fue el de las primeras mujeres españolas que fueron á establecerse allí. Eras éstas las esposas de algunos de los compañeros de Lebrón, y llamábanse Elvira Gutiérrez, mujer de Juan Montalvo; Isabel Romero, mujer de Juan Lorenzo; Catalina de Quintanilla, mujer de Francisco Gómez de Fera, y Leonor Gómez, mujer de Alfonso Díaz”.



La expansión de Bogotá

El auge urbanístico organizado de Bogotá comenzó hacia 1930, cuando el presidente Enrique Olaya Herrera trajo al país al arquitecto vienés Karl Brunner para que trazara el plan regulador de la capital, y cuando comenzaron a ser urbanizadas las antiguas haciendas de La Merced, la Magdalena, Marly y Teusaquillo. Para entonces el caserío de Chapinero, que se venía poblando con quintas campestres desde mediados del siglo XIX, empezó a integrarse con Bogotá, que terminó absorbiéndolo. En los dieciséis años que van de 1930 a 1946 la capital vivió una transformación urbanística y arquitectónica sin precedentes. Por el norte, se extendió hasta la calle 87; por el sur, hasta la calle 24, y por el Occidente hasta la carrera 30.



Economía pujante

La economía de Bogotá es la más dinámica del país. Alcanza el 25 por ciento del PIB y concentra una porción muy importante de la inversión extranjera. No es casual, entonces, que aquí tengan sede 120 de las 500 empresas multinacionales más importantes de mundo. En el 2007, Bogotá pasó del puesto undécimo al octavo en el escalafón de las ciudades más atractivas para hacer negocios en América Latina. Superó a Curitiba, ciudad de Panamá, Querétaro y Guadalajara, que ahora están por debajo de la capital en el escalafón. Se aspira a que en el término de este cuatrienio sea la quinta ciudad más importante de la región.



La enciclopedia de Mutis

Al fallecer, el 11 de septiembre de 1808, José Celestino Mutis no sólo dejó una gran reputación literaria sino, más importante aún, decenas de trabajos e investigaciones científicas, acumuladas durante casi cuarenta años de investigaciones botánicas. Su espléndida biblioteca llegó a tener 8500 volúmenes, cifra extraordinaria entonces. En opinión del más importante naturalista de la época, Alexander von Humboldt, no había otra que la superara en asuntos de historia natural, a excepción de la de Banks, en Londres. Sus libros se encuentran hoy en la Biblioteca Nacional de Colombia.



Primer conjunto vallenato

Julio Torres Mayorga y varios de sus amigos del barrio Ricaurte conformaron en 1948 el primer conjunto vallenato de Bogotá, "Los Alegres Vallenatos". Para la desaparecida fábrica de discos Vergara, propiedad del técnico electrónico Gregorio Vergara, grabó éxitos como "El aguacero", "Mi totuma", "Los camarones", dedicada a la reina de belleza Myriam Sojo Zambrano, y "Pomponio". Torres se ahogó en Cartagena en enero de 1950; tenía 23 años.



Etimología de Chapinero

A l español Antón Hero Cepeda, zapatero de profesión y casado con la hija del cacique de Usaquén, debe este sector su tradicional nombre. Anton fabricaba "chapines", una variedad de zapatos con suela de madera y empellas de cuero que tuvieron el nombre de "chapines". "Si hace zapatos, escribe el cronista Pedro M. Ibáñez, se llama zapatero; el que hacía chapines se llamó chapinero, y tal esta es la etimología del nombre de este barrio". Su casa quedaba en la calle 59 con carrera 7.



Arquitectura internacional

Entre los años cuarenta y sesenta se pusieron en marcha en Bogotá importantes proyectos inspirados en el International Style y los dogmas de Le Corbusier; entre ellos, el Centro Residencial Antonio Nariño. Más adelante, arquitectos como Rogelio Saltona, Reinaldo Valencia, Fernando Martínez Sanabria y Germán Samper, o firmas constructoras como Cuéllar Serrano Gómez y Obregón y Valenzuela, entre otras, plantearon novedosas propuestas urbanísticas con proyectos tales como las Torres del Parque, el Museo de Arte Moderno y el Centro Internacional.



Pomponio, ¿quiere queso?

Manuel Quijano y Figueroa, conocido como Pomponio, fue uno de los personajes más famosos de Bogotá en los años cuarenta. Dicen que los mayordomos de las casas de Chapinero le pagaban algunos centavos para que repartiera las invitaciones de los cocteles, fiestas o reuniones en las casas de la Alta Sociedad Bogotana. Como le gustaba tanto el queso, los transeúntes se mofaban de él diciéndole ¿Pomponio, quiere queso?



Chapinero, primer barrio suburbano

En 1881, la aldea de Chapinero surgió como barrio residencial, cuando familias bogotanas construyeron sus quintas en ese sector para librarse de las epidemias causadas por el desaseo de Bogotá. La tierra tenía allí precios bajos, y económico resultaba construir casas más amplias, con jardines y holgura para el trajín doméstico, dentro de un parque natural inmenso y distante de las inconveniencias sanitarias de la ciudad.



El tranvía bogotano

En los años 1883-84 se adelantó la construcción del tranvía entre Bogotá y Chapinero. Esta obra, concedida en privilegio por Acuerdo Municipal No. 22 de 1882 a una firma estadounidense, fue dirigida por el ingeniero H. M. Jaimes. La línea salía de la plaza de Santander por la actual carrera 7 hasta San Diego y, a partir de allí, tomaba el cauce del camino "nuevo" (actual carrera 13), que yacía abandonado.



Reglamento de teléfonos

En 1926, con la expedición del Acuerdo 39 del Concejo Municipal, se aprobó el reglamento y tarifas de la Compañía de Teléfonos de Bogotá. Se castigaba con la suspensión de la línea a quienes utilizaran el teléfono para agraviar, perjudicar o molestar a su interlocutor y, si las llamadas demoraban más de diez minutos, el servicio podía ser suspendido para evitar la "saturación" de las redes.



Sucesos del primer centenario

A propósito del Bicentenario, el 20 de julio de 1910, durante la celebración del primer centenario, la Compañía norteamericana de tranvías que prestaba el servicio en Bogotá, The Bogotá City Railway Company, con el ánimo de romper el boicot que la ciudadanía le impuso desde marzo de ese año, inauguró el novedoso servicio de tranvías eléctricos. El público bogotano, a pesar de la novedad se mantuvo firme en su decisión de no usar el servicio de transporte brindado por la empresa. La negociación de la compra del servicio del tranvía con sus rutas y con sus carros duró hasta el medio día del 25 de diciembre de 1910, cuando llegó, para júbilo de ciudadanía, el primer tranvía procedente de Chapinero a la Plaza de Bolívar. El tranvía era nuestro!!!



El buen negocio del tranvía

Los documentos de la extinta empresa del Tranvía Municipal de Bogotá (1910–1951), y las estadísticas que llevaba la Contraloría Municipal de Bogotá muestran cifras que no dejan dudas acerca de que el tranvía fue el primer medio masivo de transporte en Bogotá y de que además fue una empresa autosostenible. En su mejor año, 1946, el tranvía transportó en sus 120 carros casi 60.000.000 (sí, sesenta millones) de pasajeros, a lo largo de 14 rutas que cruzaban la ciudad en todas sus direcciones, dejando un producto neto para las arcas del municipio de \$ 817.435 de la época. A lo largo de su vida, el tranvía nunca dejó pérdidas, siempre creció en el número de pasajeros transportados y sus rutas alcanzaron a tener 60 kilómetros de longitud. Nunca fue clara la decisión del alcalde de turno sobre su liquidación.



Bogotá, Distrito Federal

Bogotá ha tenido, desde la Independencia en 1810, al menos cuatro momentos identificables en los que actuó con una condición territorial especial con respecto al resto del país. En 1861 fue erigida como Distrito Federal de los Estados Unidos de Colombia, bajo la influencia de Tomás Cipriano de Mosquera, permaneciendo con este estatuto hasta 1886. Posteriormente, entre 1905 y 1909, tuvo la denominación de Distrito Capital y tratamiento de Departamento, esta vez con la voluntad de Rafael Reyes. En 1945 se le concedió el estatus de Distrito Especial, rango que solamente le fue aplicado a partir de 1954 con la anexión de seis municipios vecinos (Usme, Bosa, Kennedy, Fontibón, Engativá, Suba y Usaquén) y que fue reforzado con las reformas institucionales de 1968. En esta condición duró hasta la Constitución de 1991, cuando por segunda vez, se denominó Bogotá, Distrito Capital.



El Concejo, patrimonio institucional

De las instituciones de Bogotá, y probablemente de toda Colombia, la más antigua es el Concejo de Bogotá que durante la época colonial y parte del periodo republicano fue identificado como Cabildo. Esta institución es una herencia de las formas de gobierno, probablemente de origen romano, que España trasladó al Nuevo Mundo. El Cabildo colonial fue el eje articulador del proceso de conquista y colonización desarrollado por España en América. En su seno se tomaban todas las decisiones vitales para la permanencia de los pueblos, villas o ciudades fundadas. En la transición que nuestro territorio hizo de colonia española a república independiente, el Cabildo bogotano fue un protagonista institucional de importancia que, a lo largo de ya casi quinientos años, ha contribuido a la construcción de municipio, de comunidad, de ayuntamiento, de ciudad. El Cabildo, ahora Concejo, constituye, sin duda, una parte vital del patrimonio institucional de Bogotá.



La división territorial de Bogotá

El territorio de la ciudad ha crecido de manera importante tratando de seguir el ritmo de aumento de su población y ha vuelto cada vez más difícil la administración del territorio, siendo éste uno de los retos más importantes de cada nuevo alcalde. En la época colonial, la ciudad estaba dividida en parroquias que aglutinaban y convocaban a sus vecinos para los eventos electorales. Desde finales del siglo XIX y principios del XX se tuvo una división con base en las parroquias, en cuya jurisdicción comenzó a destacarse la presencia de los barrios. El censo nacional de 1938 dividió la ciudad en once zonas en las que habitaban los 327.213 bogotanos de entonces. A esa “Bogotá zonal” le fueron surgiendo una serie de alcaldías por zona, las cuales se complementaron con los Alcaldes menores de los seis municipios anexados en 1954. La generalización de las alcaldías menores en todo el territorio del Distrito Especial constituyó el antecedente más claro de las Localidades que hoy son veinte. Sin embargo, la extensión territorial de algunas, la complejidad de su administración y los problemas diversos que deben resolverse, plantean la necesidad de una nueva división para su manejo en el siglo XXI. ¿Bogotá con 25 ó 30 localidades?



El monumento a la Virgen de Guadalupe

La primera piedra para la construcción del monumento fue colocada por el padre Jorge Murcia Riaño el 25 de abril de 1926. Las obras incluyeron la apertura de una carretera desde el Paseo Bolívar hasta la cima del cerro, la construcción de una nueva capilla -puesto que la anterior había sido destruida completamente durante el terremoto de 1917- y la construcción de la imagen de la virgen de Guadalupe (patrona de México), que fue encomendada al artista español Alberto Manrique Martín. Para costear la construcción del monumento, la Liga de Damas Católicas de Bogotá organizó bazares, exhibiciones de cine, fiestas, pidió donaciones, entre otras actividades. En esta obra, y en las peregrinaciones para el culto a la virgen de Guadalupe, se reconoce la influencia de la cultura popular mexicana en nuestro país, con gran fuerza en la música y en el cine a lo largo del siglo XX.



El escenario de la Media Torta

El escenario al aire libre de la Media Torta, situado en el centro de la ciudad sobre la Avenida Circunvalar, fue un obsequio del gobierno británico a la ciudad de Bogotá en 1938 como parte de las obras de conmemoración de los cuatrocientos años de su fundación. El Decreto 0966 de 1979 obligaba a los artistas internacionales que estuvieran de gira por el país a realizar una presentación gratuita en la ciudad y la Media Torta fue uno de los escenarios para hacer cumplir tal disposición. Por más de diez años, la Media Torta ofreció al público bogotano una programación completamente gratuita de espectáculos con artistas nacionales y extranjeros que fueron transformando las costumbres y el interés de los ciudadanos por la apropiación de los espacios públicos para el desarrollo de actividades culturales, de esparcimiento y diversión.



El traslado del edificio de Cudecom

El 6 de octubre de 1974 el ingeniero Antonio Páez Restrepo dirigió el equipo que trasladó el edificio de Cudecom, en Bogotá, para dar paso a la ampliación de la calle 19 a la altura de la Avenida Caracas. El evento fue transmitido por televisión a países de Europa y Norteamérica. El edificio, que contaba con 6 pisos y 700 toneladas, fue “empujado con gatos hidráulicos sobre una estructura fija o carrilera y, posteriormente, en su lugar definitivo, le fueron añadidos dos pisos adicionales”, según cuenta la Revista Anales de Ingeniería. El traslado del edificio fue expresión de los importantes cambios que se producían en la ciudad: La ampliación de estrechas calles para zonas de tránsito ciudadano y tráfico de la creciente masa de vehículos. Así creció nuestra ciudad: tumbando, trasladando y a veces conservando.



Economía familiar en la Colonia

La economía familiar de los bogotanos estaba directamente vinculada al campo. En esta época Santafé estaba rodeada por un paisaje de abundancia caracterizado por el color amarillo que reflejaban los cultivos de trigo. Era corriente que una familia de cierta categoría económica tuviera al menos una estancia, o propiedad rural no muy grande, en la cual existía ganado y labranza, además de la residencia urbana que era abastecida por los productos de la estancia. A finales del siglo XVI, alrededor de las mejores tierras de la sabana, se ordenó la vida económica y social de Santafé. A los productos cultivados en América tales como maíz, papa, ahuyama, ají, aguacate y plátano, se sumaron una gran variedad de productos agrícolas españoles como garbanzo, trigo, cebada, cebolla, frijol y arveja. En cuanto a la producción ganadera, en la sabana se extendió la cría de ovejas, más que la de ganado vacuno porque requería poco cuidado y permitía utilizar la lana, materia prima de los vestidos.



Cité Restrepo, setenta años

Ciudad Restrepo fue inaugurada en el año 1939. Está ubicada en el cruce de la carrera 10 con calle 22, (No confundirla con el barrio Restrepo). Fue diseñada por el ingeniero y arquitecto Gabriel Serrano Camargo para su tesis de grado en 1934 y construida en el siguiente quinquenio. Dos novedades se juntan en esta edificación: la propiedad de los apartamentos con servicios comunales, constituye un antecedente de lo que se conocería luego como propiedad horizontal. Y, en segundo término, su carácter de ciudadela: conjunto cerrado con portería y administración, edificios de apartamentos con ventanales hacia sus calles internas. Solamente una década duró este concepto. La ampliación de la carrera 10, a principios de los años cincuenta, se llevó la mitad de la edificación y obligó a construir un edificio sobre lo que antes era espacio comunal. En la actualidad existe un edificio “nuevo” sobre la avenida y en la parte occidental del predio, sobre la carrera 11, subsiste su construcción original.



Las fiestas coloniales

El ritmo lento de la ciudad fría, taciturna y religiosa y la monótona vida cotidiana se rompía con las fiestas públicas, las corridas de toros y las procesiones. Las fiestas públicas de origen religioso como los días de ceniza, semana santa, pascua de resurrección, corpus y natividad ocupaban buena parte del año. Otras fiestas también obligatorias eran las carnestolendas, la fiesta de Nuestra Señora del Campo y las Chirriaderas de San Juan. Fuera de ellas, uno de los actos colectivos más significativos para la ciudad colonial bogotana fueron las peregrinaciones al santuario de la virgen de la Peña, en cuyos desplazamientos participaban todos los estamentos sociales.



El barrio de El Centenario

El barrio conocido como El Centenario fue construido dentro del concepto de vivienda obrera por la administración municipal, con ocasión de celebrarse el cuarto centenario de la fundación de Bogotá en 1938. Hacia allí fue trasladada una parte de la población que en precarias condiciones habitaba el Paseo Bolívar en las faldas de los cerros orientales de la ciudad. Edificado a la orilla del camino que salía de Bogotá hacia el occidente, en años posteriores crecieron en sus alrededores el barrio Quiroga, el Olaya y el Restrepo. La proyección de la avenida Primero de Mayo partió en dos este barrio quedando en su lado norte la bella escuela llamada también El Centenario y en el lado sur muchas de las casas originales. En la carrera 24 entre calles 22 sur y 27 sur se encuentra todavía una muestra de la idea original de estas pequeñas y bellas casas pensadas para los obreros de mediados de siglo. La escuela y las casas del Barrio Centenario son patrimonio construido y memoria de nuestra ciudad.



El Corpus Christi en la Bogotá colonial

La fiesta pública más importante y en la que se mezclaba la celebración católica que coincidía con el calendario agrícola indígena era la del corpus, en la cual participaba toda la población santafereña. Esta era la fiesta de la eucaristía, que se mezcló con elementos indígenas y tradiciones paganas de los españoles, lo que permitió introducir representaciones de animales, disfraces y mamarrachos, que se mezclaban con los pasos de las procesiones tradicionales. Esta fiesta del corpus tenía todos los elementos de un carnaval, altares, diversiones, juegos, baile y, por supuesto, comidas y bebidas preparadas por los vecinos, que las vendían en toldos. Allí se podía degustar ajiaco, empanadas, longaniza, morcillas, cuchucos, papas chorreadas, chicharrones, tamales y por supuesto la chicha. Después del desfile principal las fiestas se trasladaban a los barrios, especialmente a las Nieves, en donde continuaban por el resto de la semana.



Plazas de mercado más antiguas

En la Bogotá colonial, los habitantes de la ciudad que no contaban con una huerta, estancia o hacienda, disponían de varios lugares para hacer sus compras diarias. El comercio local era ejercido por los mercaderes o empresarios que importaban productos desde Europa, y por abastecedores locales que actuaban como intermediarios. La Calle Real (hoy carrera 7ª) era el indicativo de la abundancia y su papel de eje central en la vida de la ciudad durante todo el período estuvo ligado a la actividad comercial. Al lado de los comerciantes existieron vendedores de menor escala que traían sus productos directamente desde el campo y se ubicaban en la Plaza de las Yervas (o de Santander) y en la plaza Mayor. El día de mercado era de gran agitación y movimiento porque la población en la ciudad se triplicaba convirtiendo a la plaza en un punto de encuentro para los habitantes de Santafé. Como era de esperarse, el día de mercado era el mejor para las chicherías, cuyas ventas se multiplicaban originando dolor de cabeza, no sólo de aquellos que la consumían en exceso, sino también para las autoridades que intentaron suprimirla.



Casa santafereña

En Santafé ninguna otra construcción distinta a las visibles iglesias y a la sede del Cabildo llegó a ser tan notoria como la casa colonial. La casa de dos pisos fue excepcional y se requería de un buen capital para su construcción mientras la casa de una planta era el patrón común. En su estructura física, la casa -además de ser sitio de residencia- estaba ubicada dentro de un solar y tenía un huerto donde se cultivaban productos que complementaban el abastecimiento. Las casas de las personas de mayores recursos económicos disponían de lugares anexos que se encontraban dentro del mismo solar alrededor de la vivienda principal, como la cocina y la despensa. Otro tipo de construcción era el bohío o rancho de paredes de bahareque y techo de paja era la vivienda común de la gente de menores recursos.



Vida cotidiana colonial

En las casas coloniales vivían, además de la familia nuclear, los parientes lejanos, esclavos y sirvientes. En esta sociedad colonial los tres acontecimientos decisivos en la vida de todo individuo ocurrían en casa, rodeados de parientes y amigos: nacer, casarse y morir. Para el funcionamiento del hogar se realizaban varias actividades cotidianas como conseguir agua, disponer y asear la casa, cocinar, hornear el pan, hacer compras, preparar la leña y el carbón para mantener el fuego, cuidar de los animales, realizar las labores de la huerta, criar los niños, lavar la ropa de vestir y de cama en las quebradas, salar y colgar las carnes, contar los huevos y dar alimento a las gallinas. La tarde era aprovechada para visitar o recibir visitas, comentar las novedades de la ciudad, tomar chocolate y anunciar noviazgos y matrimonios.



Barrio Primero de Mayo

Este bello espacio, construido en el cruce de la carrera 7 con la calle 20 sur, es toda una celebración a la fiesta del trabajo. El primero de mayo es nombre del barrio, del velódromo que está en su vecindario y de la Avenida que conecta el suroriente con el suroccidente de la ciudad. Construido en su primera etapa en el año 1924, este barrio, que ya superó sus ochenta años, se conserva hermoso. Muchas de sus casas, construidas para obreros, ostentan la belleza primigenia de su concepción y la delicia de sus calles anchas y espacios públicos generosos. Esta joya de la arquitectura municipal debe ser objeto de cuidado y conservación.



Constructores oficiales de vivienda

Bogotá es fruto y testimonio de la concurrencia de una serie de ideas y discusiones acerca del concepto de vivienda desarrollado por constructores privados y públicos que, a lo largo del siglo XX, han tejido esta urdimbre urbana. Con muy diversos conceptos y modalidades de construcción, las principales instituciones oficiales que construyeron vivienda en Bogotá han sido: la Junta de Habitaciones para Obreros, a principios del siglo XX; su sucesor el Instituto de Acción Social refundado en la Caja de Vivienda Popular. Y el Fondo de Ahorro y Vivienda Distrital- Favidi. Instituciones de orden nacional como el Banco Central Hipotecario, el Instituto de Crédito Territorial y el Inurbe han hecho aportes importantes en conceptos y urbanizaciones para Bogotá.



El barrio Inglés y el Claret

La forma y el trazado de estos barrios del sur de la ciudad son las huellas que recuerdan el paso del arquitecto y urbanista austriaco Karl Brunner por la Secretaría de Obras Públicas de Bogotá en los años 1930 y siguientes. La disposición de calles en diagonales rematadas, a veces, en plazoletas, parques circulares o en los conocidos round point, es uno de sus sellos característicos. Ese trazado otorgó a estos sectores una fisonomía y carácter particular en relación con su traza urbana, su tránsito, el uso del espacio y la endiablada nomenclatura de sus diagonales y transversales.



La Fiscala

La hacienda la Fiscala fue, para muchos de los niños de las escuelas del sur de Bogotá de los años 1970 y posteriores, sinónimo de excursión, paseo, caminata, naturaleza, geografía quebrada, lagunas y riachuelos, tunas y mamoncillos, brisa y paisaje, en fin, de vida campesina en proceso de urbanización. Ubicada al sur de La Picota, en un ambiente semiurbano, muy pronto sus campos verdes fueron parcelados para dar cabida a una sucesión de barrios cuya abigarrada arquitectura de construcción popular daba cuenta de la lucha por el espacio en la ciudad a finales de los setenta. Santa Librada, Barranquillita y un cúmulo de nombres sin fin han hecho desaparecer del referente geográfico de algunos de los habitantes de Bogotá, la deliciosa evocación a pinos y aguas, a cebada y pastos de la Fiscala.



Desaseo legendario

El desaseo de Bogotá en los tiempos coloniales, y durante casi todo el siglo XIX, llamó la atención de forasteros y propios. En 1850 los servicios municipales eran nulos. De acuerdo con el historiador Ricardo José Niño, en su libro *“El círculo de la exclusión Santafé y Bogotá”*, *“sólo tres calles tenían enlosados en las aceras; las del comercio y las empedradas eran muy pocas; centenares de burros recorrían las calles buscando los restos de las cocinas detenidos en las caños, y hacían su sitio habitual en la plaza de Bolívar, que era la plaza de mercado”*. Era tal la suciedad que cuando el cólera invadió la capital, en aquel año, se llevó a cabo una operación de limpieza de todas las calles. En pocos días se extrajeron 160.000 carretilladas de basura, mucha de la cual había ido a parar a los ríos San Francisco y San Agustín.



El primer ecologista de la sabana

El sabio José Celestino Mutis, auspiciador de la Expedición Botánica, la empresa científica más importante de España en América en el siglo XIX, fue el primero en proponer la siembra de árboles en Bogotá. Este fenómeno de reforestación se explica en el hecho de que la leña era un elemento de primera necesidad en los fogones y en las frías habitaciones de las casas de la ciudad. La necesidad de madera acabó con la vegetación nativa de la Sabana y luego con la de los cerros circundantes.

No solamente el tema de la reforestación era una preocupación de Mutis, también el aseo. En un texto publicado en el Papel Periódico de Santafé, se quejaba ante las autoridades de que los encargados de la limpieza de las calles no cumplían con su deber, y que los santafereños estaban volviendo a la costumbre de arrojar desperdicios a calles, ríos y caños de la ciudad. Propone, entonces, trabajar para persuadirlos de la limpieza y aseo que debe adornar todas las calles de la ciudad.



A falta de baños, ríos y caños

El diplomático argentino Miguel Cané, quien visitó Bogotá hacia 1861, dejó escrito en sus memorias, “Recuerdos Autobiográficos”, el aspecto que tenía la ciudad en aquel entonces. *“La ciudad carecía en absoluto de servicios de aseo; pero como era indispensable depositar en alguna parte las inmundicias y basuras, los vecinos las arrojaban a los caños, en donde permanecían estancadas hasta que algún fuerte aguacero las arrastraba a las afueras de la población. En el puesto que hoy ocupan todos los puentes de la ciudad existían muladares centenarios donde reposaban desperdicios de cocina, animales muertos, basuras de todas clases y condiciones, con la circunstancia especial de que estos sitios suplían para el pueblo las funciones de los actuales inodoros, con la diferencia de que aquellos envenenaban la atmósfera, como aún sucede en las localidades de la moderna Bogotá, en razón de que aún no existe ni un solo lugar público destinado a tan imperiosas necesidades”.*



El prestigio de regalar maíz

Según relata el historiador Ricardo José Niño, en su libro “El círculo de la exclusión Santafé y Bogotá”, el maíz y las mantas eran los regalos más utilizados entre los muisca; para el pago de tributos, para el comercio con otros indios y también para las celebraciones se daban tales obsequios. *“El premio a los ganadores de carreras era una determinada cantidad de maíz y de mantas, de acuerdo con el puesto que ocuparan. Además, en las fiestas, aunque el elemento más importante era la chicha de maíz, también se ofrecía para comer granos crudos y tostados, mazamorra hechas a partir de la harina, o maíz cocido en varias sopas, en masa preparada como bollos y tamales, en mazorcas asadas... Ofrecer y regalar maíz era entonces algo de buen gusto y prestigio, que mostraba cuán codiciado y apetecido era este alimento”.*



La importancia de la chicha

Los muisca consideraban que la vida no terminaba con la muerte; todo lo contrario: sostenían que era el paso a otro mundo, aunque no está claro si creían en la reencarnación. De todas maneras, caían en un profundo abatimiento cuando fallecía algún pariente cercano, en cuyos casos consumían ingentes cantidades de chicha para “olvidar tanta tristeza”. Esta bebida embriagante no se vendía ni se compraba; era un objeto ritual y de obsequio, un elemento que los transformaba y por el cual lograban diferentes estados: el de la bienaventuranza por la alegría que da el licor, y el de la muerte por la melancolía. Según los cronistas coloniales, la chicha era un elemento de identidad y cohesión cultural. Fray Pedro Simón describe a las mujeres tomando chicha en el matrimonio: *“Y llegando junto a él –su futuro esposo- la probaba ella primero y dándosela a él, bebía cuanto podía con que quedaba hecho el casamiento y le entregaban la desposada”*.